

Revisitando la retórica arquitectónica de la Neovanguardia

por Oscar Oliver Didier

Ciclo de conferencias del 2008 en ArqPoli

Existe cierto consenso en cuanto al efecto que tuvo la disolución del pelotón posmoderno de mercaderes y estrellas (de afiliación historicista) en el lanzamiento de un proyecto de autonomía para la arquitectura. La ideología del progreso ha reaparecido en fechas recientes con la subsiguiente adopción de estructuras alternas de representación, metodologías sintéticas de composición y exploraciones *neomiesianas* del material y del detalle constructivo de la piel arquitectónica. Esas son las imágenes que suelen articular hoy un sentido de lo “contemporáneo” en la arquitectura.

El tono confrontacional prevaleciente, con el que se enfatizan los quiebres sobre las continuidades en la actividad discursiva, ha tendido a esquematizar la crítica arquitectónica. La exageración sobreactuada de lo nuevo y el miedo paranoico a tornarse obsoleto traen la lógica del mercado a la mesa editorial. Abunda el conocimiento errante, que aguarda ser reconstituido, tras la violenta brutalización de la historia que induce el presentismo tardocapitalista.

Las exploraciones de la neovanguardia arquitectónica de finales de la década de 1960 y principios de los 1970, pudieran lucir refrescantes cuando son vistas contra el escepticismo contemporáneo que es producto de la ansiedad y el hastío. Los peligros que presenta reciclar temas que aún no han sido vistos en profundidad en torno a este pasado reciente han dejado de ser una posibilidad remota y son hoy el recurso de divulgación habitual dentro del universo mediático que cubre a la arquitectura contemporánea. Que no culpen de esto al estudiante curioso. Culpen, en cualquier caso, al historiador. Así pues, como parte de una revisión crítica de la Neovanguardia, hoy, más que nunca, es pertinente mirar sus experimentaciones desinhibidas con el lenguaje arquitectónico y sus francas reconceptualizaciones de la arquitectura como proyecto autónomo ante las desgastadas propuestas de la Modernidad tardía. Ambos esfuerzos fueron atendidos en las neovanguardias con el rescate del arquetipo y el lenguaje arquitectónico entendido como sistema de unidades “fundamentales” de comunicación que debe ser recodificado con instrumentos tales como el deseo, la lingüística y el psicoanálisis. Al final, el proyecto de la Neovanguardia no aguanta ser entendido bajo una sola premisa; su diversidad formal y su ambición multidisciplinaria, que son sus mayores virtudes, son también el mayor reto que enfrenta cualquier esfuerzo crítico por descifrar su alcance.

La noción de una nueva vanguardia es en sí una contradicción. El concepto insiste en provocar una ruptura con el pasado, una renovación radical, tal y como sugiere la palabra *vanguardia*, a la vez que se mantiene una referencia histórica clara, aunque a veces sutil o manipulada, de la vanguardia histórica. La neovanguardia a finales de los años 60 y 70 se formuló como incitación a reconocer las ruinas del primer movimiento vanguardista de principios del siglo XX. Al ubicarse a sí misma dentro y en contra de esta vanguardia modernista, se engendró la neovanguardia posmodernista, que veía a la primera como un fracaso. Sin embargo, este nuevo grupo se siguió alimentando de la experimentación y del rechazo del *statu quo*, dos elementos fundamentales para la primera vanguardia que fueron duramente criticados y depreciados durante los 70, cuando *distopía* era la palabra del día para describir los resultados del mundo moderno. A consecuencia de ello, los líderes del movimiento no querían ser reconocidos como neovanguardistas, transformando así el proyecto en una criatura huérfana, producto de un confuso - aunque rico - cambio radical de las geografías jerárquicas del desarrollo industrial a las topologías fragmentadas de una economía elusiva y centrada en la imagen.

El movimiento neovanguardista es un verdadero producto posmoderno, que adopta la estética de su pluralismo artificial y sus ambigüedades políticas. Por eso es sumamente difícil, incluso innecesario, ubicar a sus arquitectos en un solo movimiento. Los ataques revisionistas a la historiografía moderna en las últimas décadas dejaron muy poco espacio para la interpretación al referirse a “lo contemporáneo” como un proyecto histórico con “autores reconocibles” y “objetivos fundamentales”. Algunos abogaban por experimentar con el lenguaje, mientras que otros insistían en conceptualizar la arquitectura como un proyecto autónomo. Ambos caminos fueron emprendidos mediante la búsqueda de unidades básicas de comunicación inherentes a la arquitectura, mediante el uso de la tipología como herramienta de diseño predeterminada y mediante la manipulación y la confusión de lenguajes como proyecto disruptivo. De estos paralelos surgieron nuevos sistemas para generar y codificar la arquitectura, utilizando, como pretexto de un experimento formal independiente, el deseo, la lingüística, el psicoanálisis, la memoria y la narrativa.

En realidad, la neovanguardia es una reacción, un intento de rescate que se propone

**Conferenciantes
invitados/ Invited
lecturers:**

**Larry Busbea
Kenneth Frampton
Mario Gandelonas
Bjarke Ingels
Reinhold Martin
Mary McLeod
Joan Ockman
Felicity D. Scott
David Grahane Shane
Marc Tsurumaki**

convertir la arquitectura en una ciencia de la comunicación que se vale de la lingüística y los símbolos como nuevos “métodos y materiales” de la disciplina. A fin de cuentas, lo que unió a todos los miembros del movimiento neovanguardista fue el deseo inequívoco de contrarrestar los letárgicos modelos del alto modernismo. Para estos arquitectos, creer que el proyecto construido tenía que responder a un colectivo homogéneo se había convertido en una cruzada agotadora y discutible. Ellos aspiraban a transformar la arquitectura en un proyecto autónomo que rescatara el rol del individuo de las condiciones enajenantes existentes en la distopía arquitectónica contemporánea. ■■■■■■■■

Revisiting the Rhetorical Masters of the Architectural Neo-Avant-Garde

It is a common assumption today that an autonomous project of architecture was launched after the disintegration of the postmodern historicist army of merchandisers and stars. The ideology of progress reappeared once again with the subsequent embracing of alternative structures of representation, synthetic form-production methodologies, and an almost neo-messianic exploration with materiality and surface detailing. Such are the images that articulate a sense of the contemporary in architecture.

A confrontational mode of discourse that emphasizes break over continuity has schematized recent architectural history, turning it into a field of operative exaggerations and self-consciousness toward obsolescence and change. There are many losses to be reassembled from this brutalization of history.

The type of exploration within architecture that was largely undertaken during the Neo-avant-garde movement of the late 60's and 70's may even seem fresh in such desperate times. The danger to recycle what is not clearly understood from this era is today more than a possibility; it is becoming the standard in recent architectural media. Do not blame the student. Blame the historian, in any case. So as part of a critical revision of the Neo-avant-garde, it seems pertinent to look at its inhibited experimentations with diverse modes of architectural language and its somehow naive re-conceptualizations of architecture as an autonomous project. Both trials were addressed through the

re-launching of the archetype and a system of allegedly fundamental units of communication to be recoded with devices such as desire and psychoanalysis, among others. In the end, the Neo-avant-garde project cannot be understood solely on one of its terms; its formal diversity and multidisciplinary scope is truly one of its main virtues and a challenge for any critic.

The notion of a new avant-garde incites a contradiction in itself. The concept insists on generating an interruption with the past, a radical new beginning as the word vanguard suggests, while still maintaining a clear, yet at times subtle or manipulated historical reference to the historical avant-garde. The Neo-avant-garde of the late 60's and 70's was formulated as an instigation that recognized the ruins of the first Vanguard movement of the early 20th century. By positioning itself within and against this modernist Avant-garde the postmodernist Neo-avant-garde was engendered. The latter understood that the first had been a failure, however this new group still thrived on experimentation and on the withdrawal from the status quo; two elements that were essential to the first Avant-garde yet had become greatly devalued and criticized during the 1970's when everyday dystopia was the word to describe the outcomes of the modern world. As a possible byproduct, the movement's frontrunners did not want to be recognized as neo-avant-gardes, transforming the project into an orphaned child, product of a confusing yet rich turning point from the hierarchical geographies of industrial development to the fragmented topologies of an elusive, image-oriented economy.

The Neo-avant-garde movement is a true postmodernist product, adopting

the aesthetic of its contrived pluralism and political ambiguities. This makes categorizing its architects under one single movement very difficult, even unnecessary. The revisionist attacks to modern historiography in recent decades left very little maneuverability when addressing “the contemporary” as a historical project with “recognizable authors” and “fundamental goals”. Some argued for experimenting with language, while others insisted on attempting to conceptualize architecture as an autonomous project. These two endeavors were undertaken through the search for fundamental units of communication inherent in architecture, through the use of typology as a predetermined design tool and through the manipulation and cluttering of languages as a disruptive project. New systems for generating and coding architecture arose from these parallels, utilizing desire, linguistics, psychoanalysis, memory and narrative as pretext for an independent formal experiment.

The Neo-avant-garde is really a reaction and a rescuing attempt to turn architecture into a communication science that utilizes linguistic and symbolic systems as the new “materials and methods” of the discipline. In the end, what did unite all of the members of the Neo-avant-garde movement was the unequivocal desire to counteract the lethargic models of late modernism. For these architects the belief that the built project had to respond to a homogeneous collective had become a tiresome and questionable crusade. They aspired to turn architecture instead into an autonomous undertaking that salvaged the role of the subject from the alienating terms of a contemporary architectural dystopia.

